



CAPITULO VII

El santo de la Reforma

UN viejo amigo y compañero de mis tiempos de bohemia estudiantil, Jesús Echaiz, desterrado de Morelia á Guadalajara por la suspicacia clerical que le perseguía con motivo de la traducción del *Tata Dios (Dieu Jean)* de Béranger, que había hablado largamente de don Melchor.

Me le pintaba á su regreso de Europa, causando la admiración de los sencillos habitantes de Maravatío, que se pasmaban de las botas de charol, del pantalón *collant*, del sillín inglés y del caballo de media sangre; de los instrumentos de óptica, de los muchísimos libros, de los animales disecados y de los ejemplares de anatomía; y más que de eso de que el hacendado fuera querido de sus peones, les diera trato humano, no les quitara tiras de

pellejo por deudas ridículas y no les robara sus mujeres y sus hijas.

Me refería la vida del sabio, de estudio, de meditación, de esparcimiento mental y de culto acendrado de la naturaleza, herborizando, leyendo á los enciclopedistas del siglo anterior, discutiendo y escribiendo disertaciones doctísimas.

Su viaje á Europa, con el palo en la mano y la maleta á las espaldas, le daba cierto tinte novelesco, aumentado con las circunstancias del éxodo. Se decía que unos ¡qué horror! enmascarados, le habían sorprendido, y bien porque le creyeran enemigo de Santa Anna, que por entonces cortaba el bacalao en estas tierras, ó bien porque le confundieran con algún malqueriente del dictador, los tales enmascarados le habían concedido nada más que el tiempo preciso para recoger ropa y avíos, le habían embarcado casi á la fuerza en un buque, y que cuando se descubrió la equivocación, se habían limitado á darle muchas excusas y á suplicarle continuara el viajecito, ya que estaba en las playas europeas.

Así había nuestro hombre andado por Francia é Italia, volviendo á su tierra pasados tres años de vagancias y meditaciones.

Echaiz refería luego la inmensa actividad afectiva, intelectual y material de don Melchor. Se ocupaba de encontrar un remedio para la rabia, de escribir una carpo-

logía, de tratar la canalización del Lerma y de discutir con *Un Cura de Michoacán* la materia de obvenciones parroquiales y diezmos, obteniendo el triunfo después de una larga disputa en que el *Cura*, tras cuyo seudónimo se ocultaba el propio obispo Munguía, esgrimió los argumentos más detestables que logró hallar.

Se asemejaba Ocampo, según mi amigo, juntamente á Juan Jacobo por su amor á la naturaleza, no por el temperamento lacayuno y mendaz; á Condorcet por su temple razonador, elegante y fino, no por su apasionamiento; á Robespierre por sus citas de los clásicos, no por su crueldad y su deseo de sangre.

Todos sus actos tenían por móvil el bien de alguien.

Su polémica con el *Cura* había tenido por origen la grosería de un presbítero de misa y olla que contestó á una desgraciada que trataba de enterrar de limosna el cadáver de su deudo: «Si no tienes para pagar, sála el cuerpo del difunto y cómetelo... Yo no he de dar caridades á los ministros, sacristanes y monaguillos de mi parroquia...»

Echaiz recordaba todos los pormenores de la acometida de un lobo rabioso y los repetía con horror: la noche oscura, el silencio del campo, un desgraciado labriego que sale á investigar la causa de un ruido repentino y se encuentra al lobo... Lucha con él cuerpo á cuerpo, le derriba, le hace huir, y cuando ya se retira el animal,

BIBLIOTECA ALFONSO DE BORBÓN Y BORBÓN
UNIVERSIDAD DE BURGOS

torna el ranchero á acometerle para evitar que haga daño, rompe el palo con que le había castigado, y cuando quiere *barbear* al lobo, éste le muerde la mano... Grita el desgraciado Guadalupe pidiendo auxilio, grita su hija, y entonces acuden los menos medrosos de los campesinos. En los tanteos, queriendo huir al monstruo, destrozan la mano sana del heroico ranchero sin que éste abandone á su enemigo... Por fin, tras este combate casi mitológico, el lobo queda muerto y Guadalupe expira entre horrosas convulsiones...

Ocampo, después de costear el entierro del héroe ignorado, atiende á los otros lesionados, experimenta simples del país, y pone toda su inteligencia y toda su voluntad en el caso, hasta conseguir salvar á aquellos infelices.

En su hacienda desempeñaba ese papel de gran señor campesino, caro á los novelistas ingleses del siglo pasado. Sus libros, que eran muchos y valiosos, los prestaba sin dificultades, y cuando el tenedor se manifestaba un poco interesado en la posesión del volumen, se lo regalaba.

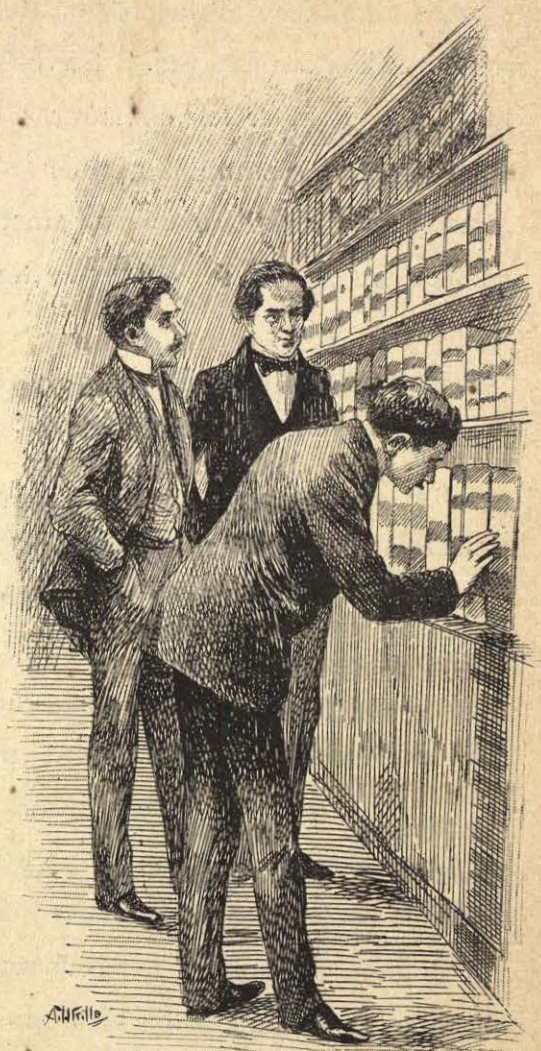
Contaba Echaiz que un día contemplaba, en unión de un primo suyo la biblioteca de don Melchor, y que de repente sus ojos se habían detenido en un volumen de lujosa pasta.

— *C'est votre affaire*, había dicho el sabio, y les había mostrado aquellas aves de plumajes exquisitos, aquellas plantas vívidas, aquellas flores que parecía iban á espar-

cir aromas, aquellos pedruscos que mostraban todos los colores de la paleta, encerrados en un álbum por la mano del artista.

Ocampo leía á los grandes autores que en su época revolucionaban la literatura. Nada le era desconocido de lo que escribían los Balzac, los Hugo, los Dumas; y en otra esfera los Leroux, los Proudhon, los Fourier y los Considerant.

Pero lo notable era que nada leía en sus autores favoritos, que no creyera, y nada creía que no hiciera. Una ocasión llegó á su casa un estudiante de mala muerte, un sopista de esos que en mis tiempos hacían giras por las haciendas á ver *qué Dios daba*.



Se anunció con el dueño de Pateo y éste le recibió en seguida. Creyó encontrar, á través de los agujeros de la raída chaqueta, de las chafaduras del sombrero, de los flequillos de los pantalones y de la sarcástica sonrisa de los zapatos, un espíritu abierto, sincero, capaz de desechar las necedades ergotísticas de que tenía lleno el caletre el estudiante.

Don Melchor convidó á comer al muchacho, le regaló libros, un par de trajes y dinero; y cuando el caballero andante de las aulas se preparaba á seguir su camino llevado á cuestras su hatillo bien provisto, se encontró un caballito ensillado y enfrenado que le condujo hasta Morelia.

Este muchacho, andando los años, se convirtió en un abogado conservador de los de privilegio y golpe de pecho, y denigró á Ocampo aun después de muerto.

Otra vez estaba el castellano de Pateo presidiendo la faena de la siega. La era estaba llena de trigo, los arrieros acudían en montón llevando sus bestias para cargar el grano y conducirlo á los molinos inmediatos. Un pobrecillo, con un macho paticojo, la *pechera* cayéndose á pedazos de puro usada, un viejo sombrero de palma en la cabeza y un aspecto de miseria triste, de inferioridad resignada, de bondad y mansedumbre que oprimían el ánimo, dijo á un compañero señalando un montón de trigo:

— Yo sería dichoso si me dieran eso.

Le oyó el santo de la Reforma, y encarándosele le preguntó:

— ¿Por qué se considera usted dichoso con tan poco?

— ¡Oh, señor! respondió el pobre, porque con eso tendría para comprar una recua, realizar utilidades y contar con un *punterito* para *mantención* de mi familia.

— Pues lléveselo, es suyo, dijo el grande hombre; y en seguida mandó le pusieran el trigo en sacos y lo cargaran en media docena de mulas que le regaló.

Pasaba un día por el terreno de un pobre mediero, y como era su costumbre, se acercó á saludar á éste.

— Crescenciano, ¿qué pasa que no has volteado tus tierras? Mira que ya se nos vienen las aguas, y ya sabes lo que dicen el refrán: «voltea en Abril tu terreno; en Mayo, siébralo bien; escárdalo por Santiago, y el maíz vendrá en San Andrés...»

— Ya empecé, amo, ya empecé; pero afigúrese su buena persona, si con esta yuntita voy á acabar á tiempo.

El mismo día fueron treinta yuntas de la casa grande y dejaron el campo listo para recibir la simiente.

Tenía en su habitación á dos ó tres desgraciados idiotas ó dementes, y no sólo satisfacía sus necesidades materiales, sino que les hacía merced de otra moneda más valiosa: la de la caridad. Ocasiones había que el sabio, abstraído en sus meditaciones, preparando ejem-

plares de flores ó de plantas, manejando el microscopio, el hornillo ó la balanza de precisión, consultando á sus autores favoritos, su Voltaire, su Diderot, su Rousseau, su D'Holbach, era interrumpido por alguna de aquellas pobres que iba á importunarle:

— Deme un cigarro, don *Imichor*.

— Deme un peseta, don *Imichor*.

— Déjeme encender en su lumbre, don *Imichor*.

Y don *Imichor* á todo acudía con mansedumbre que llamaría cristiana si no hubiera sido tan poco cristiano el patriarca de aquella tierra.

Echaiz me refería una cena de Navidad en Pateo. Estaba la casa llena con gente de los alrededores: las hacendadas de collar de oro y enagua de linón, se confundían con las rancheritas de poca ropa, y los señores se mezclaban con los peones. Pero los reyes de la fiesta eran los niños, lo mismo los hijos de los pobres labriegos, que los de los propietarios de las cercanías.

¡Y qué cosas tan ricas se habían cenado! Todavía recordaba el poeta una sopa de almendras y una compota de membrillos, con ojos en que relucía la gula. Luego que la cena hubo concluído, fueron á la cama todos los chiquillos — á la cama, que entonces gustó por primera vez la mayoría de aquel enjambre.

Desde los limbos del sueño oyó mi amigo la voz varonil, fuerte y amplia de don Melchor cantar sus canciones favoritas: *La Fe*, que empezaba:

Blanche vision aux ailes jamais tachées.

y *El Contrabandista*, que tenía un estribillo truculento: *feu, feu, feu*.

También supo que ya al concluirse la fiesta, Ocampo había aparecido ataviado á la griega, con clámide y sandalias, recitando los versos de una tragedia, *Mélope*, de Alfieri, que el mismo había traducido.

En fin, que necesitaría capítulos enteros para relatar sólo lo principal de lo que me contaba mi amigo en aquellos días felices de *La Falange*. Baste lo que va escrito para formarse idea de lo que valía el hombre á cuyo lado iba á servir.

